

**Invencción y destrucción del *Fiscal de la Patria*.  
El Partido Comunista, su reconstrucción  
ideológica de la figura de Lisandro de La Torre  
y la revisión histórica de la Izquierda Nacional**  
Héctor Ghiretti

Héctor Ghiretti es Profesor de la Facultad  
de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo.  
hector.ghiretti@gmail.com

### **Resumen**

Dada su complejidad intrínseca y los diversos escenarios histórico-políticos en los que le tocó vivir y actuar a lo largo de su vida, la figura de Lisandro de la Torre ha sido objeto de análisis e interpretación por parte de diferentes corrientes ideológicas e historiográficas. En el campo de la izquierda coexisten dos formas diametralmente opuestas de valorar el pensamiento y la obra del político rosarino. La primera, de origen comunista, obedece a las directivas políticas que recibiría el partido a mediados de la década de 1930. La segunda, propia de la llamada Izquierda Nacional, es una réplica puntual al intento de reconstrucción comunista de las ideas y la acción de de la Torre.

### **Summary**

Due to his ideological complexity and the different historical scenarios in which lived and worked, Lisandro de la Torre has been studied by many historiographics traditions. In the field of the Left coexist two opposite ways of understanding and appreciation of the life and works of De la Torre: one sustained by the Communists and another by the National Left (Izquierda Nacional).

## 1. ÚLTIMOS AÑOS DE LISANDRO DE LA TORRE: EL ACERCAMIENTO AL COMUNISMO

Durante las dos (o tres) décadas posteriores a su muerte, la idea que a nivel popular e incluso académico prevaleció sobre la trayectoria y la obra de Lisandro de la Torre se debió principalmente a la reconstrucción que efectuaron un grupo de autores de muy definida filiación ideológica. Esa figura que encarnaba la resuelta y valiente resistencia ante el imperialismo, el fascismo y la oligarquía de los años treinta, es en realidad la explotación parcial de un aspecto de la acción y el pensamiento del «fiscal de la patria», en un momento particular de su vida.

La filiación ideológica de estos autores no responde, como pudiera suponerse a primera vista, al ideario de la democracia progresista, cuya organización partidaria ha sufrido sustanciales cambios de orientación doctrinal después de la muerte de su líder máximo e inspirador teórico. Puede decirse que la memoria y testamento ideológico de Lisandro de la Torre no pertenece a los demócratas progresistas: ni a los de izquierda ni a los de derecha<sup>1</sup>.

Ignoramos si este núcleo de escritores actuó en concierto, pero existen suficientes indicios para pensar en este sentido. Al principio parecería haber habido un acuerdo sobre la adopción y exaltación de la figura de don Lisandro. Con respecto a las motivaciones de este proyecto, puede arriesgarse una hipótesis: en su mayoría pertenecientes al Partido Comunista Argentino, es posible que hayan intentado asociar a de la Torre, figura prestigiada y popular en los últimos años de su vida, con las líneas de acción del partido por aquellos años.

Según este posible plan, una adhesión de esas características despojaría al PC de su condición minoritaria y su tendencia sectarizante, frente a la opinión pública y el electorado. La «cooptación» póstuma de Lisandro de la Torre a las filas

<sup>1</sup> Resulta de particular interés el comentario de un periodista simpatizante del Partido Demócrata Progresista sobre la gestión de la herencia ideológica de Lisandro de la Torre. «Jorge Abelardo Ramos, que le otorga el título de representante liberal del siglo XX en nuestra vida política y que pocos puntos de contacto ideológico tiene con él, descarga en las huestes stalinistas de la década del '40 la responsabilidad de haber confundido el contenido político de de la Torre al hacerlo aparecer como el que no era, en luchas que estuvo lejos de sentir». Abel Osvaldo Lema, *Militantes del liberalismo argentino. Lisandro de la Torre y los demócratas progresistas*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1995, p. 46. Sobre las diversas reconstrucciones ideológicas de la biografía de de la Torre, puede verse el interesante y agudo –aunque incompleto– trabajo de Carlos D. Malamud, *Las historias de una historia: La vida de Lisandro de la Torre según sus biógrafos o las peripecias de un centrista*, Documento de Trabajo N° 116, Buenos Aires, Instituto Di Tella, septiembre de 1991. Quisiera agradecer a Bárbara Duranti, de la Universidad Torcuato Di Tella, por acercarme tan valioso material. Puede decirse que el presente trabajo completa –y en ocasiones corrige– la investigación de Malamud.

del comunismo situaba a éste de manera directa e inmediata en la tradición histórica y la línea política del liberalismo argentino.

Las simpatías comunistas por de la Torre parecen haberse despertado hacia el final de su carrera política, con ocasión de sus intervenciones contra el proyecto de legislación anticomunista propuesta por Matías Sánchez Sorondo, a la que castigó despiadadamente, pese a no lograr evitar su sanción. Por parte del político rosarino, apenas se le conoce previa opinión formada o pronunciamientos sobre el comunismo<sup>2</sup>.

Sintiéndose definitivamente aislado de los que consideraba sus aliados naturales en la lucha contra el gobierno de Justo –los radicales y los socialistas–, de la Torre se mostraría sensible a los proyectos políticos comunistas, que por esos años estaban principalmente dirigidos contra la expansión del fascismo, a través de la formación de Frentes Populares con otras fuerzas democráticas y burguesas. De la Torre participó en algunas manifestaciones al respecto y se pronunció a favor de la formación del Frente<sup>3</sup>.

Su participación en las iniciativas de ayuda y asistencia al bando republicano en la guerra española lo acercaría aún más a las organizaciones de izquierda, y en particular al Partido Comunista<sup>4</sup>. El ciclo de conferencias pronunciado en el Colegio Libre de Estudios Superiores, institución en la que confluía un gran número de intelectuales y militantes vinculados con el PC, consolidó las relaciones entre el político rosarino y los comunistas.

De la Torre disertó en esa ocasión sobre temas particularmente gratos para la izquierda internacionalista de la época: un análisis crítico del fascismo, una apo-

<sup>2</sup> «Cuando la revolución rusa triunfa en octubre de 1917, de la Torre se había instalado definitivamente en su estancia cordobesa de Pinás. Aquel grandioso suceso no le mereció nunca la más mínima opinión, la menor observación, ningún comentario». Horacio García Ledesma, *Lisandro de la Torre y la pampa gringa*, Buenos Aires, Indoamérica, 1954, p. 66. En la polémica que lo enfrentó a Juan B. Justo, en 1926, acusaría a éste de no haberse atrevido a hacer la evolución desde el socialismo al comunismo y de tener un espíritu anarquizante, más destructivo aún que los comunistas.

<sup>3</sup> «La máxima expresión de esa demanda unitaria se alcanzó con el acto del 1º de mayo de 1936, convocado por la CGT, en el que hablaron ante más de cien mil personas José Domenech (CGT), Paulino G. Alberdi (P. Comunista), Arturo Frondizi (UCR), Lisandro de la Torre (P. Demócrata Progresista), Mario Bravo (P. Socialista) y otros». Óscar Arévalo, «Historia del Partido Comunista», en: *Todo es Historia*, Buenos Aires, Nº 250, abril, 1988, pp. 21-22.

<sup>4</sup> Sobre la participación de de la Torre en los comités de ayuda y apoyo a la República Española, ver Ernesto Goldar, *Los argentinos y la Guerra Civil Española*, Buenos Aires, Contrapunto, 1986, pp. 143-144. Este autor señala que «en los comunistas recae el peso de buena parte de las organizaciones de solidaridad con España». Ídem, p. 156. También en Raúl Larra, *Lisandro de la Torre. El solitario de Pinás*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1988, pp. 339-340. Se han utilizado dos ediciones diferentes del libro de Larra, por algunas significativas diferencias que existen en su texto. En la medida en que no se especifique lo contrario, la cita corresponde a la edición de 1988.

logía del ateísmo, la crítica histórica de la doctrina cristiana y un duro embate contra el cristianismo social. También participaría en el homenaje *post-mortem* a Aníbal Ponce, conocido intelectual comunista y cofundador del Colegio<sup>5</sup>.

El político santafesino se pronunció claramente y en más de una ocasión en favor de los métodos y el proceder del por entonces Secretario General del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, José Stalin. Los lapidarios juicios contra León Trotski y a favor de los denominados *procesos de Moscú* deben haber sonado como voces angelicales a los oídos de los estalinistas argentinos<sup>6</sup>. Estos incluso fueron comprensivos con su admiración ambigua hacia el fascismo y sus simplificaciones ideológicas tales como la estrecha relación y el destino común que observaba en aquél y el comunismo.

## 2. LOS RECELOS INICIALES

Pero este acercamiento fue progresivo, y al menos desde la perspectiva comunista, se inició desde posiciones de recelo y hostilidad. Aplicando un esquema cerradamente ideológico, los comunistas argentinos identificaron en de la Torre al típico enemigo de clase, representante de la burguesía nacional y líder de un partido compuesto por burgueses comerciantes, pequeños hacendados y chacareros italianos del sur de la provincia de Santa Fe.

Todo parece confirmar que el comunismo centraría por primera vez su atención sobre el líder demoprogresista con ocasión de la campaña electoral de 1931. Quienes han señalado este desencuentro inicial son los historiadores enrolados en la Izquierda Nacional. Jorge Abelardo Ramos señala que en un pequeño escrito de ese año, titulado *Marx y la Alianza Demócrata Socialista*, Rodolfo Ghioldi sostenía que el Partido Socialista, al acordar una alianza con un partido

<sup>5</sup> Lisandro de la Torre, *Homenaje a Aníbal Ponce en: Obras*, Buenos Aires, Hemisferio, 1961, t. V, pp. 275-280. En el epistolario de Lisandro de la Torre publicado por Raúl Larra puede encontrarse una carta fechada el 12 de noviembre de 1936 a Aníbal Ponce, expresándole su solidaridad a raíz de su destitución como docente por parte del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública. Lisandro de la Torre, *Cartas*, Advertencia y notas de Raúl Larra, 2º ed., Buenos Aires, Futuro, 1952, pp. 85-86. Teniendo en cuenta que el presente trabajo no se dedica a la vida y la obra de Lisandro de la Torre, sino a las interpretaciones sobre ellas, a efectos de aliviar el aparato crítico se reducirán al mínimo posible las referencias a sus obras.

<sup>6</sup> «A un rosarino que le escribe para rebatirle una apreciación suya sobre el trotskismo que deslizará en la polémica con el sacerdote (Franceschi) le manda en contestación una larga misiva ratificándose en su opinión. «Trotski –le dice– es un carbón que se ha quemado. Su posición, negada por los hechos, es contrarrevolucionaria». Y luego añade que Stalin es, en verdad, el único jefe del proletariado mundial». Raúl Larra, *Lisandro de la Torre...*, op. cit., p. 314.

burgués como el Demócrata Progresista, consumaba una traición a la doctrina marxista<sup>7</sup>. Eso no le impediría al PC incluir al PDP en el proyecto de Frente Popular contra el fascismo, cinco años después<sup>8</sup>. Explica por su parte Rodolfo Puiggrós que

«[...]Ghioldi decía que si un burgués, por ejemplo Lisandro de la Torre, criticaba el pacto firmado con Gran Bretaña era porque estaba entregado a los Estados Unidos y si otro burgués, por ejemplo un yrigoyenista, denunciaba las concesiones de petróleo a la Standard Oil, no cabía dudas de que se había vendido a los ingleses. Con este pueril encasillamiento maniqueo adocenaba las cabezas de los afiliados»<sup>9</sup>.

Esta perspectiva de análisis tuvo una clara concreción práctica: los comunistas combatirían, la fórmula de la Torre – Repetto, propuesta por la Alianza Demócrata Socialista para las elecciones presidenciales de 1931. Como se podrá ver un poco más adelante, la de Ghioldi en particular y los comunistas en general era una opinión común entre militantes y partidos de izquierda de la época hacia la Democracia Progresista, que en su momento sólo fue desafiada por la conducción del Partido Socialista.

Por detrás de las coincidencias puntuales y la cooperación entre de la Torre y los legisladores socialistas entre los años 1912 y 1925 (el asunto del cierre de la Caja de Conversión en 1914 o el debate parlamentario sobre la impugnación de la Constitución santafesina de 1921) existía en el seno del PS un recelo que sólo se superó la década siguiente.

Un ejemplo de esta relación ambigua es la polémica que enfrentó en 1926 a de la Torre y Juan B. Justo, extraña por demás, puesto que hasta el momento, la relación entre los dos dirigentes políticos había sido cordial y cooperativa. En un discurso pronunciado en Rosario, el líder socialista habría formulado implacables acusaciones hacia la Democracia Progresista, señalando que se trataba de una organización moribunda, viciada por el personalismo y desprovista de un líder (de la Torre acababa de renunciar a su banca de diputado nacional y se hallaba en el exilio interior de su estancia de Pinás) que respondía a intereses de clase opuestos al proletariado.

<sup>7</sup> Jorge Abelardo Ramos, *El Partido Comunista en la política argentina. Su historia y su crítica*, Buenos Aires, Coyoacán, 1962, p. 82.

<sup>8</sup> Ídem, pp. 111-112.

<sup>9</sup> Rodolfo Puiggrós, *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, v. III, p. 294.

La idea del PDP como partido «de clase» —o más bien, como proyecto político de clase, mayormente frustrado— se mantendría durante mucho tiempo entre las filas socialistas, como un lugar común indiscutido<sup>10</sup>. Justo también habría acusado a de la Torre de no ser consecuente con sus convicciones sobre el libre cambio, tomando en ocasiones partido por iniciativas de carácter proteccionista<sup>11</sup>.

La réplica de Lisandro de la Torre sería fulminante, al acusar a Justo de tener un temperamento teórico y libresco, ignorante de la realidad política y social, de estar poseído por una tensión interna contradictoria entre anarquismo y socialismo, que se traducía invariablemente en un obstruccionismo de la labor de gobierno.

En 1931, el socialista Joaquín Coca se pronunciaba claramente en contra de la decisión del Comité Ejecutivo del Partido Socialista de formar una alianza con el Partido Demócrata Progresista. Coca se planteaba posibles estrategias de coalición electoral para las elecciones de ese año. Contemplaba dos escenarios posibles: un acuerdo con los conservadores o los radicales, «los únicos dos partidos históricos y responsables». En la línea de Justo, explicaba que los partidos históricos eran aquellos que respondían a intereses de clase.

El ex diputado obrero descartaba la alianza con los conservadores, a quienes situaba en las antípodas del ideario y el programa socialista. Explicaba que si bien existían importantes diferencias con el radicalismo, era su impulso democratizador y su compromiso con la clase obrera, como contingente importante de su caudal electoral, lo que lo acercaba al socialismo.

Coca explicaba que el PDP «no es más que la reserva del conservadorismo en Capital y su representante directo en Santa Fe». El «izquierdismo» que le atribuía a este partido la dirigencia del socialismo se veía desmentido por las componendas electorales con los conservadores, en 1920.

En una línea coherente con las antiguas apreciaciones de Juan B. Justo sobre el PDP, Coca sostenía que se trataba de «una agrupación artificial organizada alrededor de un hombre: el doctor Lisandro de la Torre». Constituía «un partido personal», de pretensiones equidistantes, «centristas», que no se identificaba con

<sup>10</sup> Es la tesis sostenida por el socialista Dardo Cúneo, quien afirma que el verdadero objetivo de la creación del PDP era la formación de un partido de la clase media, que representara los intereses de la burguesía nacional. Dardo Cúneo, *Lisandro de la Torre*. Buenos Aires, Galerna, 1968, pp. 77-89. Se trata de un asunto discutible: ¿qué cabe entender por «clase media» en la Argentina del Centenario?

<sup>11</sup> Raúl Larra, *Lisandro de la Torre...*, op. cit., pp. 209-214.

ninguna clase en particular, compuesto por grupos «más conservadores que liberales, y más reaccionarios que revolucionarios», que por otra parte «carecen de la responsabilidad de los partidos históricos»<sup>12</sup>.

### 3. EVOLUCIÓN IDEOLÓGICA DE LISANDRO DE LA TORRE:

#### CORRIMIENTO HACIA LA IZQUIERDA

Lisandro de la Torre es una figura singular en la política y el universo de ideas políticas argentinas. Se trata de un personaje de la historia nacional cuya actuación se inicia en los tiempos del esplendor del proyecto de los hombres del 80 y culmina 50 años después, poco antes de la gran mutación de la Argentina del peronismo. Por otra parte, se combinan en su figura fuertes tendencias de orden intelectual y científico, que coexisten (o se alternan) con períodos dedicados a la actividad económica privada y a la actuación pública. La posición relativa de Lisandro de la Torre en los sucesivos espectros políticos de las diversas situaciones históricas en las que vivió es asimismo problemática.

No es éste el lugar indicado para detenernos en detalle el pensamiento de Lisandro de la Torre. Sin embargo, parece necesario hacer una breve caracterización del pensamiento del político rosarino, para comprender la evolución ideológica durante los últimos años de su vida.

De la Torre nace en Rosario en 1868, en el seno de una familia porteña, de notoria filiación mitrista. Recibe una fuerte impronta de ilustración de parte de su madre, Virginia Paganini, emparentada con los Gutiérrez. Su tesis doctoral en Derecho, que versa sobre la organización municipal, revela una base ideológica liberal que va dando entrada a planteamientos de tipo democrático formal. Estas mismas inquietudes lo llevan a adherir a la Unión Cívica y a participar de la Revolución del 90.

Después de participar en el intento revolucionario radical de 1893, de la Torre se inclina hacia la línea interna del radicalismo que busca romper con la abstención revolucionaria, impulsada por Yrigoyen, y orientar al partido a la presentación en las elecciones para formar una oposición formal al autonomismo roquista. Este proyecto lo irá marginando de la conducción del radicalismo, hasta derivar en un enfrentamiento directo e irremisible con Yrigoyen.

<sup>12</sup> Joaquín Coca, *El contubernio. Memorias de un diputado obrero*, 3ª ed. (Íntegra), Buenos Aires, La Campana, 1981, pp. 159-167. Es evidente que Coca fue siempre una voz disonante en el seno del Partido Socialista. Lo demuestra su evolución política, pasando por el Partido Socialista Obrero, que terminaría en el peronismo.

Después de un intento fallido de organización del Partido Republicano, sobre la base de elementos radicales y del tronco mitrista, de la Torre funda en 1908 la *Liga del Sur*, un partido regional que se opone al centralismo burocrático de la ciudad de Santa Fe. Se trata de un partido programático, que responde a un sector de la población muy definido en términos geográficos, económicos y sociales.

La Liga del Sur reúne a la burguesía rural y comercial de Rosario y el Sur de la provincia, tiene gran apoyo entre los inmigrantes y pequeños productores y defiende un programa democrático, municipalista, modernizante, ilustrado y laicista, en oposición a la hegemonía política y administrativa de la ciudad de Santa Fe y el Norte de la provincia.

Este partido, a pesar de apoyarse en algunos antiguos sectores radicales, hace esfuerzos por presentarse como una alternativa programática reformista e integrada socialmente a la élite dirigente, alejada de la inorganicidad populachera y demagógica que atribuye al partido de Yrigoyen. Este rasgo, más los talentos personales de Lisandro de la Torre, conducirá a los sectores mayoritarios en el gobierno a ver en él y en su partido la posibilidad de ser la continuidad del régimen. Después de la fundación del Partido Demócrata Progresista, sobre la base de la Liga del Sur, de la Torre será el candidato presidencial del gobierno, en oposición a la candidatura de Yrigoyen, en 1916.

Esta alianza entre «conservadores» y demócratas progresistas terminará mal. De la Torre advierte en el proyecto político en el que acaba de participar distancias insalvables entre sus convicciones y el viejo tronco liberal oligárquico, al que ha pretendido transformar en un partido moderno.

En 1922, los «conservadores» le propondrán nuevamente una alianza para desbancar al radicalismo del poder. En esa ocasión, De la Torre se definiría «casi como radical-socialista» (al estilo del venerable partido francés, heredero directo de los ideales de 1789) y rechazaría la propuesta, acusándolos de «conservadores, clericales, armamentistas, antiobrерistas, latifundistas»<sup>13</sup>.

Su labor parlamentaria durante la década de 1920 irá alejándolo cada vez más de los antiguos «conservadores» y de los radicales en el poder. La discusión parlamentaria sobre la impugnación de la constitución santafesina de 1921 —en razón de que definía neutralidad ante los cultos— lo acercaría a los socialistas, con quien coincidiría en no pocas iniciativas parlamentarias.

<sup>13</sup> Lisandro de La Torre, *Carta a Mariano Demaría (h)*, 21/01/1921, en: *Obras Completas*, op. cit., t. V, p. 108.

La polémica con Justo revela el choque de dos personalidades y las diferencias ideológicas específicas entre ellos, pero no empaña la progresiva convergencia del político rosarino con el ideario socialista. En una visita a la Casa del Pueblo, con ocasión de la formación de la Alianza Demócrata-Socialista, en septiembre de 1931, declara: «nunca, lo confieso, ha habido una diferencia considerable entre mis ideas y las del Partido Socialista»<sup>14</sup>.

La Revolución de 1930 lo sorprende retirado de la acción política. El General Uriburu piensa en él como el candidato presidencial para sucederlo. De la Torre no condena la revolución, pero entiende que su misión es convocar a elecciones libres cuanto antes. El fraude de los comicios de 1931 lo enemistará definitivamente con los sectores oligárquicos, desplazándolo nuevamente en el espectro político hacia la izquierda, sin que por esto se quiera decir que este corrimiento no se vea condicionado por incoherencias y contradicciones ideológicas.

Su labor como senador nacional, a partir de 1932, lo sigue alejando de los demócratas nacionales mientras que si bien su nuevo período parlamentario se inicia bajo los auspicios de la alianza entre el PDP y el PS, no tardarán en producirse roces y malentendidos. De la Torre sufre una desilusión tanto con la actitud de los socialistas como con la de los radicales, que rehúsan formar una coalición política para presentar batalla al gobierno de Justo.

En ese contexto, el senador santafesino consideraría positivamente la estrategia electoral del Partido Comunista –determinada por la *Comintern* en 1935– de formación de Frentes Populares con partidos democráticos burgueses en todo el mundo, con el objetivo de derrotar a la amenaza del fascismo. Su oposición al proyecto de impugnación del comunismo le atrajo decididas simpatías de la parcialidad política defendida, aunque de la Torre marcaría permanentemente sus distancias ideológicas con el PC.

Sin embargo, parece más difícil saber qué sucedería en las convicciones del político rosarino después de su renuncia a su banca del Senado, en 1937. No hay que olvidar que de la Torre era un demócrata liberal convencido, además de asumir con fervor el ideario del progresismo. Hacia mediados de la década del 30, la democracia liberal no pasaba por su mejor momento. Se veía amenazada no solamente por fuerzas externas, tales como el fascismo o el comunismo, sino también transformada por tendencias internas, que parecían despuntar una nueva concepción económica y política, con un creciente avance del Estado sobre la vida social.

<sup>14</sup> Dardo Cúneo, *Lisandro de la Torre*, op. cit., p. 26.

De la Torre no albergaba muchas esperanzas sobre el desarrollo o pervivencia de la democracia liberal: su concepción progresista, por su parte, no le ocultaba que las transformaciones que llevaban a cabo los comunistas y los fascistas parecían alumbrar nuevas formas políticas y económicas, en las que quizá la democracia y el capitalismo tenían los días contados. ¿Qué resultados podría tener una conflagración de escala mundial como la que parecía prepararse, determinada por enfrentamientos no ya nacionales, sino ideológicos a escala planetaria?

Esta es, como podrá verse después, la tesis de su biógrafo Raúl Larra. Este autor sostiene un progresivo desvelamiento de Lisandro de la Torre, que lo acerca hacia el final de su vida a los sectores obreros, populares y antiimperialistas. Otros autores, como Zuccherino y los demócrata-progresistas, afirman lo contrario, denunciando incluso una manipulación ideológica por parte de los comunistas:<sup>15</sup> de la Torre nunca habría tenido simpatías por el comunismo.

«Yo no soy comunista, señor presidente: yo soy un afiliado de la democracia liberal y progresista, que al proponerse disminuir las injusticias sociales trabaja en contra de la revolución comunista, mientras que los reaccionarios trabajan a favor de ella con su incomprensión de las ideas y de los tiempos»<sup>16</sup>.

Quizá sea Pedro Siegler quien más se acerca a la verdad, más allá del equívoco cuadro que compone.

«Sin embargo, de la Torre tuvo una actitud distinta hacia el régimen soviético, al cual veía con un ojo mucho más comprensivo que al nazifascismo. ¿Qué significaba? ¿que Lisandro se había vuelto procomunista?

Mucho se ha discutido sobre el tema y la materia aún es motivo de polémica. Como muchos intelectuales de su tiempo, de la Torre si bien de naturaleza pluralista y evolutiva, creía encontrar cierta coherencia en el régimen de la URSS, toda vez que se aceptaran las premisas de una revolución tal como había ocurrido allí, y que desenvolvía un aspecto de la filosofía positivista y científicista que tarde o temprano construiría una sociedad igualitaria y justa. Podría resumirse su pensamiento en un contexto dentro del cual, en algún momento, las tesis enunciadas por el marxismo-leninismo de la creación de un «paraíso terrenal», en el cual el «el león yacería junto

<sup>15</sup> Ricardo Miguel Zuccherino, *Lisandro de la Torre, ciudadano de la libertad*, Buenos Aires, Depalma, 1986, p. 173.

<sup>16</sup> Lisandro de La Torre, *Discusión en el Senado sobre el comunismo*, en *Obras*, Buenos Aires, Hemisferio, 1952, t. I, p. 253.

al cordero» y donde «ningún pueblo levantaría su espada sobre el otro», por fuerza entrarían en contradicción con la naturaleza represiva del Estado comunista, a medida que la distancia entre la promesa y la realidad se hiciese más evidente.

De ahí, a suponer que el santafesino suscribiera las tesis ideológicas del PC o una metodología extraconstitucional media un absurdo sin fondo; de la Torre rechazaba toda dictadura porque, como él decía «de hacía el efecto de un ultraje» y pretendía que todas las ideas se sostuviesen o se derrumbasen exclusivamente por sus méritos o desméritos, según el caso»<sup>17</sup>.

De una forma menos dubitativa y cautelosa, podría decirse que si bien el comunismo no entraba en sus convicciones ideológicas, de la Torre contemplaba con incertidumbre el futuro de la democracia liberal en el mundo. Se trataría probablemente de un conflicto entre sus creencias políticas y las observaciones y estimaciones que el mismo hacía del rumbo que parecía tomar el mundo, a finales de la década del 30. Su progresismo quizá no coincidía ya con el liberalismo y la democratización progresiva de las estructuras sociales.

#### 4. UNA FIGURA MAYOR EN EL PANTEÓN DE PRÓCERES DEL COMUNISMO ARGENTINO

El descubrimiento del perfil «antiimperialista» de Lisandro de la Torre parece haber sido un hallazgo posterior. A principios de 1940, apenas un año después de la muerte del político rosarino, Ernesto Giudici, por entonces militante comunista, destacaba la acción abiertamente antiimperialista de Lisandro de la Torre, aislada e incomprensible por las fuerzas políticas dominantes de la época en su libro *Imperialismo inglés y liberación nacional*, que conoció gran difusión por aquellos años<sup>18</sup>.

Ese mismo año, ya de regreso de su largo cautiverio en Brasil, Rodolfo Ghioldi —en otras épocas impugnador de las alianzas de las fuerzas de izquierda con la democracia progresista—, tuvo palabras de reconocimiento para dos hombres, recientemente desaparecidos y vinculados de diversa manera a las luchas del partido: a «Lisandro de la Torre, vigorosa mentalidad política que en el ocaso de su vida ofreció una alta lección de juventud a nuestro pueblo, y a Aníbal Ponce, bella esperanza intelectual del marxismo argentino»<sup>19</sup>. De esa manera, si el malogrado

<sup>17</sup> Pedro Siegler, *Lisandro de la Torre y los problemas de su época*, Buenos Aires, CEAL, 1984, pp. 69-70.

<sup>18</sup> Ernesto Giudici, *Imperialismo inglés y liberación nacional*, 3<sup>o</sup> ed., Buenos Aires, CEAL, 1984, p. 49.

<sup>19</sup> Carlos M. Lombardi, *Las ideas sociales en la Argentina*, Buenos Aires, Platina/Stilcograf, 1965, pp. 170-171.

Ponce constituía el principal exponente intelectual del comunismo, de la Torre parecía ocupar una posición de liderazgo político institucional, en una suerte de cooptación *post-mortem* dentro de la estructura de la organización partidaria.

A menos de una década posterior a su muerte, de la Torre se había convertido en una figura más del procerato comunista argentino de pleno derecho. En agosto de 1946, Victorio Codovilla, destacado dirigente, funcionario de la *Comintern* y por entonces miembro del Comité Central del PCA, explicaba que el XI Congreso del Partido «se inspirará en las tradiciones patrióticas y revolucionarias de los grandes forjadores de la independencia y del progreso nacional y social: Moreno, Belgrano, San Martín, Rivadavia, Sarmiento, Alberdi, Echeverría, Alem, Irigoyen, de la Torre, Justo y Ponce»<sup>20</sup>.

Entre 1948 y 1949, durante las sesiones de la Convención Reformadora de la Constitución de la provincia de Mendoza, Benito Marianetti, convencional comunista, dedicaría un párrafo a la prudente defensa de Lisandro de la Torre —en clave democrática y liberal— del protagonismo de la ideología comunista, en épocas en las que Matías Sánchez Sorondo se empeñaba en proscribir al PC. También lo citaría como uno de los paladines del laicismo argentino<sup>21</sup>.

Más recientemente, en un libro de carácter cuasi-oficial titulado *Qué es el Partido Comunista*, Athos Fava, Secretario General del Partido en 1983, destacaba entre las personalidades que contribuyeron decisivamente al proceso de desarrollo y unificación de las fuerzas democráticas y populares a Lisandro de la Torre,

«[...] recio luchador antiimperialista y antifascista, ardiente propulsor de la idea del frente popular sin exclusiones, fiscal severo de la corrupción y los negociados de la oligarquía ganadera, los frigoríficos imperialistas y los funcionarios venales, y polemista brillante que desnudó, puso en ridículo y pulverizó, en el Senado, junto a Mario Bravo y Alfredo Palacios, socialistas, y E. Laurencena, radical, el infame e inquisitorial proyecto de ley anticomunista, presentado por el famoso Matías G. Sánchez Sorondo, el admirador de Mussolini y autor de aquel aforismo que decía que en materia de carnes la Argentina debía ser colonia inglesa»<sup>22</sup>.

<sup>20</sup> Victorio Codovilla, *Nuestro camino desemboca en la victoria*, Buenos Aires, Fundamentos, 1954, p. 521. Con leves variaciones, el biógrafo de Codovilla sitúa el discurso en 1948, con ocasión del centésimo aniversario del *Manifiesto Comunista*. Valerián Goncharov, *El camarada Victorio. Semblanza de V. Codovilla*, Moscú, Progreso, 1980, p. 144.

<sup>21</sup> Benito Marianetti, *Nosotros y la constitución*, Mendoza, D'Accurzio, 1950, pp. 50, 158 y 160.

<sup>22</sup> Athos Fava, *Qué es el Partido Comunista*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983, pp. 39-40. Conviene recordar lo afirmado por Rodolfo Puiggrós sobre la nula participación de los socialistas en el debate del comercio de carnes.

<sup>23</sup> Abelardo Ramos, *El Partido Comunista...*, op. cit., p. 119.

La resignificación de la figura de Lisandro de la Torre obligó a la revisión crítica de las antiguas posiciones políticas adoptadas por el Partido Comunista frente a las elecciones de 1931. Esta rectificación *a posteriori* ya aparece en el Informe del IX Congreso del PCA, en 1938, firmado por Orestes Ghioldi<sup>23</sup>. Otra publicación periódica vinculada al PC, *Orientación*, delineaba, con motivo de su deceso, el perdurable testamento dejado por el ilustre político rosarino<sup>24</sup>.

El propio Raúl Larra también entona en 1942 un *mea culpa* partidario, al reconocer la originaria hostilidad del PC hacia de la Torre y la coalición electoral entre el PDP y el PS.

«La Alianza demócrata-socialista inaugura una nueva política de amplias perspectivas para la democracia argentina, aproximando voluntades en torno a un programa de definido acento social. No todos, sin embargo, aquilatan a su hora la importancia real de su aparición en nuestra escena pública. El mismo partido comunista –avanzada heroica del proletariado–, acercado al estudio de nuestra realidad por el bautismo en las prisiones de la dictadura de sus más esforzados militantes, no aprehende, en el primer instante, la trascendencia indudable de esa coalición»<sup>25</sup>.

Significativamente, el párrafo relativo al PC y a sus «esforzados militantes» desaparecería en las ediciones posteriores de la biografía de Larra. Sin embargo, el arrepentimiento duraría. En un estudio sobre la historia del Partido, que elaboró en 1982 el Centro de Estudios Marxistaleninista «Victorio Codovilla» y que resumiría Oscar Arévalo, se afirma que:

«[...] la actitud del Partido ante las elecciones de 1931 en la provincia de Buenos Aires fue equivocada pues en nombre de la independencia de clase se adoptaba una posición de «neutralidad», que era incomprensible para el pueblo. En noviembre de 1931 el Partido Comunista combatió la fórmula de la Torre-Repetto, cuando lo que correspondía era apoyarla aunque sin esconder la crítica a sus limitaciones»<sup>26</sup>.

## 5. UNA EMPRESA EDITORIAL

Durante la década siguiente a su muerte, aparecerían las obras y las cartas del

<sup>24</sup> Carlos Malamud, *Las historias de una historia...*, Cit., pp. 6-7.

<sup>25</sup> Raúl Larra, *Lisandro de la Torre. Vida y drama del solitario de Pinás*, 3ª ed., Buenos Aires, Futuro, 1948, p. 232.

<sup>26</sup> Oscar Arévalo, *El Partido Comunista*, Buenos Aires, CEAL, 1983, p. 38.

rosarino en los sellos *Hemisferio* y *Futuro* respectivamente, que junto con *Fundamentos*, *Platina*, *Sílaba*, *Problemas*, *Lautaro*, *Sendero* y posteriormente *Centro de Estudios*, *Cartago* y *Anteo* integraron la constelación de editoriales de claras vinculaciones con el Partido Comunista local.

Esta labor de compilación sería realizada por Raúl Larra (seudónimo de Raúl Laragione)<sup>27</sup>, un conocido escritor del partido y autor, por otra parte, de la biografía más completa y difundida de Lisandro de la Torre. En el empeño de Larra por compilar las obras e historiar la vida del rosarino, puede advertirse una cierta línea institucional por constituirse en el albacea del testamento político del máximo líder de la democracia progresista.

### 5.1. La biografía

En 1942 aparece en editorial Futuro *Lisandro de la Torre. Vida y drama del solitario de Pinás*. No es el primer esfuerzo biográfico integral sobre de la Torre<sup>28</sup>, pero sí el más completo, extenso y documentado. El libro de Larra sigue siendo, a más de medio siglo de su aparición, la referencia principal y la mejor introducción al estudio de la figura del político rosarino.

Larra compone una biografía que se acerca al género hagiográfico: con el estilo típicamente melodramático de la ilustración comunista, el personaje es presentado con una jerarquía épica y elevado a los altares de la devoción cívica, protagonizando un proceso gradual de concienciación ideológica que lo lleva inexorablemente a las puertas del socialismo, las masas y el marxismo.

El libro está bien escrito. Sin embargo los excesos literarios, así como recursos de más que dudoso rigor como la introspección psicológica o el soliloquio, bordean el límite de lo lícito para el género biográfico y en ocasiones, del buen gusto.

Se encuentran en el texto abundantes e inconfundibles señas ideológicas de su autor. El *bajo continuo* sobre el que se desarrolla la narración biográfica es la progresiva formación de la conciencia de clase del proletariado argentino, que llega al clímax con la consagración del Partido Comunista como organización clasista y revolucionaria de los trabajadores argentinos, a mediados de la década de 1930<sup>29</sup>.

<sup>27</sup> Horacio Tarcus, *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2007, p. 355.

<sup>28</sup> El libro de Larra fue precedido por Bernardo González Arrili, *Vida de Lisandro de la Torre*, Buenos Aires, Peuser, 1940. También puede mencionarse el ensayo biográfico de José P. Barreiro, en *Cursos y Conferencias*, la publicación periódica del Colegio Libre de Estudios Superiores, aparecida ese mismo año, uno después de la muerte de de la Torre.

<sup>29</sup> Raúl Larra, *Lisandro de la Torre...*, op. cit., pp. 303-304.

En ocasiones, las referencias a este proceso parecen sacadas de otro libro. La justificación del autor es que la trayectoria política e ideológica de Lisandro de la Torre y la formación de la conciencia de clase en la Argentina recorren itinerarios convergentes.

Larra pretende mostrar una filiación directa del político rosarino con el procerato liberal, encarnado en Moreno y Sarmiento, intentando prolongar la sucesión hasta el propio Partido Comunista, presentado como heredero natural del empuje constructor del liberalismo decimonónico<sup>30</sup>. Notoriamente no menciona, más allá de los antecedentes familiares, la originaria filiación mitrista de la familia de la Torre. El autor se esfuerza por resaltar los aspectos evolutivos del pensamiento del rosarino.

«Mentalidad formada bajo el influjo de Taine, Renán y Spencer –síntesis del pensamiento positivista de fines de siglo–, en contacto continuo con el progreso científico, don Lisandro asimila las realidades sociales de su tiempo y de su tierra para servir las, con olvido de sus propios intereses. Adscripto al concepto evolucionista, los clamores que se agolpan en el mundo lo desplazan hacia el ala jacobina»<sup>31</sup>.

En este proceso, de la Torre se enajena progresivamente de su propio entorno social, de antiguas amistades y relaciones políticas, y se va distanciando en términos ideológicos de la élite a la que pertenece: se constituye, según Larra, en el «crítico de la oligarquía», e inicia un camino que lo llevará al «encuentro definitivo con el pueblo»: <sup>32</sup> «Lisandro de la Torre, en maravillosa evolución, se desplaza hacia la izquierda hasta aprehender sumariamente el sentido de la democracia social»<sup>33</sup>.

El biógrafo explica que la progresión ideológica de Lisandro de la Torre coincide con el despertar de la conciencia nacional antiimperialista. Entre las voces que se levantan en denuncia y crítica, «el Partido Comunista se distingue por su constante prédica antiimperialista». Con ocasión de la investigación parlamentaria sobre el comercio de carnes, de la Torre se convierte en el *senador antiimperialista*: los sectores de izquierda, con excepción del comunismo, le escatiman el apoyo al pensar que se trata de una disputa interna entre dos facciones de ganaderos. Larra señala el error de tal juicio.

<sup>30</sup> Ídem, pp. 279, y pp. 32 y 346.

<sup>31</sup> Ídem, p. 260.

<sup>32</sup> Ídem, pp. 271 y 295.

<sup>33</sup> Ídem, pp. 278.

«Si se advierte que el mandato de esta hora es recuperar la economía y el espíritu de los argentinos, se comprenderá cómo la lucha de clases se sitúa en otros términos —y no en el simple antagonismo de burguesía y proletariado—, dando lugar en la acción a una alianza de todos los sectores progresistas para consumar la revolución antiimperialista y la reforma agraria, en cuya ejecución la clase obrera debe tener papel dirigente. La incompreensión de muchos resta fuerza a este movimiento nacional revolucionario ya en marcha, y cuyo intérprete es, a pesar suyo, el solitario de Pinas»<sup>34</sup>.

Larra hace de Lisandro de la Torre el conductor inconsciente de la revolución nacional, antiimperialista y popular, con el apoyo casi en solitario de los comunistas argentinos<sup>35</sup>: una especie de personaje a medio camino entre Kerenski y Lenin. Para su biógrafo, de la Torre es, sin saberlo o sabiéndolo pero sin poder evitarlo, la cabeza de la vanguardia del proletariado.

Es preciso advertir que Larra compone su cuadro de la conversión de Lisandro de la Torre a la lucha contra el imperialismo y el apoyo brindado por los comunistas, a partir de presupuestos más que discutibles: en primer lugar, la prelación del comunismo argentino en la lucha antiimperialista; en segundo lugar la idea de que de la Torre conocía la verdadera dimensión y la complejidad del fenómeno imperialista; y en tercer lugar, la evolución, consciente o inconsciente, de un proceso revolucionario.

Al contrario: ni los comunistas son la vanguardia en la denuncia de la sujeción imperial —algo que corresponde en justo título a los revisionistas y al forjismo—, ni de la Torre entiende todos los aspectos relacionados con el accionar de los intereses extranjeros —al defender la independencia del gobierno del Banco Central—, ni es cierto que su prédica y su acción parlamentaria haya sido la cabeza visible de un movimiento revolucionario.

Mientras que la conferencia pronunciada en agosto de 1937 sobre los cristianos sociales agradaría particularmente a los comunistas, que salían ganando en la comparación que de la Torre establecía entre éstos y el sindicalismo católico, la conferencia sobre el fascismo, pronunciada un año después, exigiría a Larra una consideración crítica, al pronosticar de la Torre una convergencia final entre comunistas y fascistas.

<sup>34</sup> Ídem, p. 287.

<sup>35</sup> Larra explica que en la intervención a Santa Fe decidida por el gobierno de Justo y que encuentra la resistencia y la denuncia del senador de la Torre, los únicos que asumen la defensa de la provincia y están dispuestos a llegar a las últimas consecuencias son los comunistas. Ídem, p. 299. La democracia progresista no parece tener ningún papel en este asunto.

Un proyecto de viaje por Europa –España dividida por la Guerra Civil, la Francia del Frente Popular: destino final, la Unión Soviética– permite a Larra trazar el último tramo del itinerario ideológico del político rosarino.

«En contacto íntimo con esas realidades: con el pueblo español, afín a su sangre, empeñado en su combate por la libertad; con el latido multitudinario francés; y con la edificación socialista soviética tendida a la creación de una economía al servicio total del hombre, don Lisandro se afirmaría en su última posición ideológica, traspone definitivamente el umbral que conduce al Santa Sanctorum de los nuevos ideales, rotas ya las ligaduras sentimentales que aún lo retienen al pasado»<sup>36</sup>.

Finalmente, el viaje no se concreta y de la Torre se queda a las puertas de la revelación definitiva. Para Larra es un periplo inacabado.

«Porque don Lisandro se halla en el límite de dos clases. Afiliado en su primera juventud al radicalismo insurgente, típicamente romántico y anárquico a la vez, se adhirió más tarde al liberalismo manchesteriano y al institucionalismo yanqui, influido por la concepción positivista finisecular. Es decir: por el pensamiento de la burguesía revolucionaria.

Y a través de toda su carrera política se mantiene fiel a esos postulados que otorgan a la democracia un sentido evolucionista y progresivo»<sup>37</sup>.

Este espíritu lo hace trasponer su propia pertenencia de clase, sus antiguas convicciones y relaciones sociales. De la Torre parece quedarse solo.

«Don Lisandro llega a un recodo del sendero y se detiene para tomar aliento. Mira hacia la cumbre y divisa que lo llaman antiguos amigos ligados a su sangre y a su afecto. Entonces dirige la vista hacia abajo y columbra rostros desconocidos, manos encallecidas que se agitan en son de saludo. Por un momento piensa retribuir con su puño cerrado y vibrante el homenaje de los que están en la tierra. Mas recuerda el becerro de oro. ¿No es gesto de demagogia ir al encuentro de la multitud? Presionado por la duda y la crisis interior que se desata en su alma, se cubre el rostro con las manos. Voces sutiles de amigos llegan desde la cumbre.

<sup>36</sup> Ídem, p. 327.

<sup>37</sup> Ídem, p. 328.

—Estoy solo —dice con desaliento, no queriendo oír el clamor de los de abajo que asciende *molto vivace*.

Y se queda —he aquí su drama— a mitad de camino, en la tierra de nadie. Cubrir el trecho que le falta para acercarse al pueblo, significa abandonar toda una cultura e, incluso todo un estilo de vida. Y, más que eso: los amigos»<sup>38</sup>.

Para Larra, sólo un complejo de atavismos y compromisos sociales impide a de la Torre sumarse a las filas de la vanguardia revolucionaria del proletariado. Insiste en esta idea al explicar el particular cuidado que pone en disponer de sus escasos bienes y honrar sus deudas, poco tiempo antes del suicidio.

«¡Curioso fenómeno psicológico! Él, que ha llegado en su evolución ideológica al flanco de la extrema izquierda, muestra ahora cómo superviven en su sangre los módulos de su educación burguesa, en cuanto finca el crédito moral en el comercial»<sup>39</sup>.

Es evidente que Larra prefiere atribuir a factores afectivos la renuencia de de la Torre a pasarse al comunismo, y hace llegar su evolución ideológica mucho más lejos de lo que razonablemente se podría suponer. Lo cierto es que más allá de las consideraciones comparativamente beneficiosas que hace del comunismo (respecto de fenómenos tales como el cristianismo social o el fascismo), de la Torre marcaría sustanciales diferencias personales con tal ideología.

El tribuno rosarino rechaza la radicalidad enrasadora del socialismo y la violencia intrínseca de la praxis revolucionaria. Lo dice claramente en su discurso: pero entiende que si la democracia liberal —tanto en el plano local como en el internacional— no está dispuesta a hacer frente a los desafíos inéditos de los nuevos tiempos nadie podrá detener el avance de las ideologías revolucionarias y totalizantes. Su apreciación del comunismo es mucho más problemática de lo que piensa Larra, empeñado por cooptar la prestigiosa figura del político rosarino. El comunismo es, para de la Torre, la expresión más evidente del fracaso de su propio proyecto político.

Los silencios de Larra, por otra parte, son tan elocuentes como sus consideraciones. El biógrafo traza una evolución del personaje que lo acerca a sus propias convicciones ideológicas, pero nada dice de los fuertes celos y prejuicios que de la Torre despertó entre los comunistas, que se mantuvieron incólumes incluso

<sup>38</sup> Ídem, p. 329.

<sup>39</sup> Ídem, p. 333.

durante sus denuncias relativas al comercio de las carnes y se prolongaron al menos hasta poco antes del discurso en contra de la proscripción del PC<sup>40</sup>. Es acertado el juicio de Carlos Malamud.

«Larra juzga de un modo evolucionista y unilineal, favorecido por lo dilatado de su actividad política, el pensamiento de de la Torre, como si de alguna manera estuviera prefigurando desde sus inicios la posterior evolución de sus ideas. Esta visión estática del mundo de las ideas le lleva a encontrar en su más tierna juventud los elementos que lo convertirían en el «fiscal de la patria» y en el líder antiimperialista en que supuestamente se transformó al final de su vida»<sup>41</sup>.

## 5.2. Las obras

Larra también fue el compilador de sus escritos y discursos. El proyecto de edición completa de sus obras ya había aparecido en vida del propio de la Torre, aunque él mismo había desalentado su realización, al considerar que se trataba de una obra efímera, de circunstancias<sup>42</sup>. Sin embargo, la continua reedición del libro que reunía las conferencias y artículos sobre filosofía y religión motivó el renacimiento del proyecto.

Originariamente, Larra había concebido una recopilación en tres tomos. El autor justificaría el criterio temático de ordenamiento de los textos. Pero dicho ordenamiento perseguía inocultables motivaciones ideológicas. El primer tomo ordenamiento perseguía inocultables motivaciones ideológicas. El primer tomo recogía las *Controversias políticas*: la renuncia al radicalismo, la polémica con Juan B. Justo, los discursos sobre la intervención federal a Santa Fe y la proscripción del comunismo, y su conferencia sobre el fascismo. El segundo tomo estaba dedicado a la *Lucha antiimperialista*: el Convenio con Londres, la investigación sobre el comercio de la carne y el asesinato de Enzo Bordabehere. El tercer tomo reunía los *Temas filosóficos*, es decir, las conferencias sobre filosofía y religión, que habían motivado tanto interés en el público.

<sup>40</sup> El propio Larra se pregunta, en el prólogo de las *Obras* del político rosarino: «¿qué hubiera sido de Lisandro de la Torre de haber muerto antes de 1930? Seguramente hoy sería un amable recuerdo en las tertulias de sus antiguos amigos del Jockey Club, tema para la nota de algún cronista que exhumando aspectos pintorescos y sensacionales de nuestra vida política, remembrara, por ejemplo, su duelo con Hipólito Yrigoyen». Lisandro de la Torre, *Obras*, op. cit., t. I, p. 7.

<sup>41</sup> Carlos Malamud, *Las historias de una historia...*, op. cit., p. 4.

<sup>42</sup> En carta a Elvira Aldao, enviada en febrero de 1934, de la Torre atribuye la iniciativa a Alfonso de Laferrière, «quien preparó hace 5 años, 3 tomos, que sólo precisaban mi visto bueno para publicarse. Me opuse a su publicación». Lisandro de la Torre, *Cartas íntimas*, Buenos Aires, Futuro, 1959, p. 16.

Los textos seleccionados eran en su mayor parte los que mejor se adaptaban a la manipulación ideológica que se había hecho del tribuno santafesino: excepto su carta de renuncia al radicalismo, se recogían sólo los textos y conferencias de la última década de actuación pública. Debido al éxito inmediato de ventas, en 1952, se dispuso una reedición, ese mismo año, y en 1953 y 1954 se agregaron otros tres tomos.

Con una honestidad intelectual que lo destaca, Larra decidió no solamente incluir en esta selección textos y discursos anteriores (que «alejaban» a de la Torre de su relación con el comunismo), sino que además publicó textos que contradicen el carácter de luchador antiimperialista de de la Torre, que el propio biógrafo contribuyó a difundir.

El tomo cuarto reunía textos sobre *Economía y finanzas*: las discusiones parlamentarias sobre el Cierre de la Caja de Conversión, la política financiera de los gobiernos nacionales y la creación del Banco Central, además de artículos y polémicas sobre el tema. El tomo quinto, *Campañas presidenciales*, recogía discursos de campañas electorales, cartas y textos breves dispersos sobre varias cuestiones, que no habían sido incluidas en los volúmenes temáticos correspondientes. En el tomo sexto, finalmente, se recopilaban escritos bajo el título *Política agraria y municipal*: se encontraba allí su tesis doctoral, sus proyectos sobre el régimen municipal y cuestiones sobre política agrícola.

Con este suplemento, las *Obras de Lisandro de la Torre* quedaron muy cerca de ser *opera omnia*. Faltan algunos discursos y artículos periodísticos tempranos, así como su correspondencia que, además de ser abundantísima, apareció parcialmente en dos volúmenes recopilados por el propio Larra y publicados por sellos editoriales comunistas.

### 5.3. Nuevos tiempos, nuevos afanes

La empresa de promoción comunista de la figura de Lisandro de la Torre parece tener un florecimiento, a principios de la década de 1940, una época de estabilización y una rápida decadencia, hacia finales de los años 50. En 1983, con ocasión de la nueva reedición de la biografía Larra explicaba, en unas palabras preliminares, que el libro «terminado de escribir en 1941, fue publicado en 1942; desde entonces hasta 1961 se sucedieron ininterrumpidas reediciones». Posteriormente, «la figura de don Lisandro ingresó en el olvido».

Aproximadamente por esas fechas –1960– fueron impresas las últimas ediciones de sus obras. Algo había cambiado en el país. Por una parte, el discurso

antiimperialista se había radicalizado ideológicamente, vinculándose definitivamente al peronismo y a las ideologías socialistas, a tal punto que la lucha y la prédica del tribuno rosarino parecía anticuada y carente de actualidad.

Por otra, hostigado por las doctrinas revolucionarias y puesto seriamente en cuestión por el peronismo, el viejo tronco ideológico demócrata liberal parecía no llamar la atención de nadie. Era la hora de los líderes de masas y de la lucha revolucionaria, no de los parlamentarios ni de las instituciones. La figura de Lisandro de la Torre había perdido casi todo interés. Ya se perfilaban en el horizonte unos críticos implacables, que no perdonarían al rosarino sus errores y defectos.

El último episodio de este esfuerzo del comunismo argentino por hacerse con la memoria histórica y política de Lisandro de la Torre quizá podría encontrarse en el libro que le dedicara al tribuno santafesino el contador Samuel Yasky, que fuera un estrecho colaborador de de la Torre durante la investigación del comercio de carnes. Yasky concentra su atención en tres episodios que considera «los momentos culminantes» de la vida de Lisandro de la Torre: el debate parlamentario sobre el veto a la constitución santafesina de 1921, la investigación sobre el comercio de carnes y la impugnación al proyecto de represión del comunismo.

Es evidente que el acento de Yasky debía recaer en el episodio en el que fue protagonista: más de la mitad del libro está dedicado al relato, por cierto no demasiado prolijo ni ordenado, pero valioso e interesante por la perspectiva en primera persona, de la investigación sobre los frigoríficos. Sin embargo llama la atención el extenso capítulo que le dedica a su intervención en la discusión sobre la legislación anticomunista, así como también el silencio casi absoluto del contador sobre la intervención del senador de la Torre en cuestiones financieras, tales como la creación del Banco Central, en la que manifestaría una ortodoxia liberal capitalista fuera de toda duda.

No hemos podido averiguar datos sobre la filiación comunista de Yasky. Sin embargo, a más de tres décadas de distancia de aquel debate, el autor no se esfuerza por matizar o contextualizar la discusión y asume puntualmente los argumentos defensivos que empleó de la Torre en su momento. La perspectiva de Yasky se asemeja en mucho a la adhesión que la defensa de Lisandro de la Torre sobre la libre actividad del PC en la Argentina generó entre sus propios militantes<sup>43</sup>.

<sup>43</sup> El libro fue impreso en los mismos talleres gráficos que contrataba un sello editorial de notoria filiación comunista, Platina. Samuel Yasky, *Lisandro de la Torre desde cerca*, Metrópolis, Buenos Aires, 1969.

## 6. EL SEVERO JUICIO DE LA IZQUIERDA NACIONAL

Como es sabido, el advenimiento del peronismo sacudió con fuerza la composición del espectro ideológico en el que se situaban los partidos políticos argentinos. En el caso de las organizaciones socialistas y obreristas, el impacto fue demoledor. Los sectores de izquierda tuvieron dos actitudes diferentes: o el rechazo frontal y la condena inapelable, o la asimilación positiva, aunque no sin cautelas ni despuntes críticos, del nuevo protagonista de la política del país.

Dentro de la izquierda, quienes se mostraron mejor dispuestos hacia el peronismo como expresión genuina de un nacionalismo de liberación fueron los antiguos sectores críticos y minoritarios, enfrentados a las conducciones de los partidos dominantes: el comunismo y el socialismo.

Aquellos sectores habían sido sensibles a los planteamientos realizados durante las décadas anteriores por el nacionalismo y el forjismo, y habían levantado —con entusiasmo y fundamento doctrinal en el marxismo del nuevo cuño, frecuentemente derivado en trotskismo— las banderas de la liberación nacional. Posteriormente serían conocidos, con una denominación más ideológica que partidaria, propuesta por Juan José Hernández Arregui en 1957, como la *Izquierda Nacional*.

### 6.1. Horacio García Ledesma

En 1954 un intelectual vinculado al grupo fundador del Frente Obrero (que posteriormente se transformaría en el Partido Socialista de la Revolución Nacional) daba a conocer un breve librito, titulado *Lisandro de la Torre y la pampa gringa*. Se trata probablemente del primer juicio de la Izquierda Nacional sobre la figura y la acción del político rosarino.

Horacio García Ledesma (seudónimo de Hugo Leonardo Sylvester, de originaria militancia trotskista)<sup>44</sup> traza en su pequeño trabajo prácticamente todo el lineamiento crítico que la Izquierda Nacional desplegaría a lo largo de la década siguiente contra de la Torre. En primer lugar, señala su filiación ideológica de origen mitrista y de inserción en el aleznismo, al cual el autor denomina «el apéndice populachero del mitrismo». Esto sitúa a de la Torre en el bando enfrentado al roquismo, la línea más nacional y progresista de la oligarquía, y también al yrigoyenismo, al que el rosarino calificaría como la «reacción gauchesca del radicalismo»<sup>45</sup>.

El autor señala el origen social del político rosarino y su vinculación hasta bien

<sup>44</sup> Horacio Tarcus, *Diccionario...*, op. cit., p. 642.

<sup>45</sup> Horacio García Ledesma, *Lisandro de la Torre...*, op. cit., pp. 8-10 y 42.

entrada la década del 20 con los sectores políticos conservadores. Se detiene en su equívoca relación con el General Uriburu, poco después del golpe militar de 1930. También resalta su desprecio por los problemas sociales, sobre todo los que afectaban la región en la que se situaba su estancia, el oeste de la provincia de Córdoba, demostrando así su desprecio por el interior del país, al que consideraba bárbaro y retrógrado<sup>46</sup>.

Es este autor quien advierte sobre la manipulación de la figura de Lisandro de la Torre que ha llevado a cabo el Partido Comunista ya en vida del tribuno rosarino y sobre todo después de su muerte. García Ledesma sitúa esta estrategia en el marco de las directivas políticas frentepopulistas que reciben las organizaciones comunistas en todo el mundo, a partir de 1935<sup>47</sup>.

Según el autor citado de la Torre asume acríticamente, en sus discursos parlamentarios en defensa de la legalidad del PC y en las conferencias que pronunciaría en 1937, toda la panoplia argumental del estalinismo, incluso la que se refiere a los monumentales y escandalosos procesos de Moscú contra supuestos conspiradores ligados al trotskismo<sup>48</sup>. García Ledesma recuerda la sentida edición, posterior a la muerte de de la Torre, de *Argumentos*, revista teórica del partido, a la sazón dirigida por Rodolfo Puiggrós, en la que se calificaba a los comunistas de «sus mejores amigos»<sup>49</sup>.

Pero la crítica central de García Ledesma es la invariable alineación de la prédica y la acción política de de la Torre con los sectores agropecuarios que se conocieron en su época como la *pampa gringa*: chacareros, pequeños y medianos propietarios del sur de Santa Fe y Córdoba y norte de Buenos Aires, de origen inmigrante, que enarbolan propósitos de reforma agraria movidos por la codicia con la que miran las grandes propiedades vecinas. De la Torre hace suya la prédica antilatifundista, considerando que se trata de tierras improductivas por falta de explotación, que impiden el desarrollo del país.

García Ledesma explica en cambio que en la Argentina, a diferencia de otras regiones de América Latina, la estancia latifundista es una unidad definida por las formas capitalistas de explotación de la tierra. Su extensión territorial está determinada por los requerimientos específicos de la actividad económica ganadera<sup>50</sup>.

<sup>46</sup> Ídem, pp. 43-46.

<sup>47</sup> Ídem, pp. 61-63.

<sup>48</sup> Ídem, pp. 66-69.

<sup>49</sup> Ídem, p. 70.

<sup>50</sup> Ídem, pp. 46-52.

El autor sostiene que su intervención en la investigación del comercio de carnes se motiva en las «divergencias en el seno de una misma clase». Según este autor, de la Torre habría puesto en cuestión el sistema de comercialización vigente porque favorecía a los grandes invernadores de la región central, que producían la carne de mejor calidad, el *chilled*, en tanto que se marginaba intencionalmente a los criadores a los productores pequeños y a los que se encontraban lejos del puerto<sup>51</sup>. Al parecer, esta visión crítica tenía cierta difusión en la izquierda de la década de 1940, incluso posiblemente antes. Ya Larra se hace eco de esta impugnación a de la Torre, refutándola en su biografía<sup>52</sup>.

## 6.2. Rodolfo Puiggrós

En razón de su antigua militancia partidaria que se prolongó hasta entrada la década de 1940, Rodolfo Puiggrós tomó parte de la campaña comunista de cooptación y promoción de la figura de Lisandro de la Torre (de hecho participó activamente de las publicaciones de la *Cátedra Lisandro de la Torre*), arribando posteriormente a posiciones críticas respecto a su trayectoria<sup>53</sup>. Ésta es también la razón de que guardara elocuente silencio –caso único entre los exponentes de la Izquierda Nacional que se ocuparon del tema– sobre la manipulación comunista de la figura y el pensamiento de Lisandro de la Torre.

Puiggrós advierte con agudeza las tensiones políticas e ideológicas entre las que se debatió de la Torre durante toda su vida. Según este autor, de la Torre encabezó la primera gran escisión de la Unión Cívica Radical, al adherir a la política de coalición propuesta por Mitre, chocando así contra la intransigencia abstencionista de Yrigoyen. El antiyrigoyenismo marcaría prácticamente toda su trayectoria.

<sup>51</sup> Ídem, pp. 58-61.

<sup>52</sup> «La solidaridad que estrecha a don Lisandro en esta emergencia, con ser grande, no es lo suficientemente poderosa que debiera, en razón de la causa que representa. Las simpatías del pueblo están con él. Pero hay algunos sectores de izquierda –excepción de los comunistas– que se la escatiman, quizá porque no han llegado a la comprensión de los intereses nacionales que defiende don Lisandro al abogar por una industria madre como lo es la ganadería y denunciar a la vez la acción nefasta del imperialismo. Para esos sectores el debate no es más que la pugna entre dos facciones de ganaderos: la de Buenos Aires y la del litoral, en la cual los obreros deben permanecer ausentes. El planteo, es desde luego erróneo». Raúl Larra, *Lisandro de la Torre...*, op. cit., p. 286. En la edición de 1948 (pp. 255-256) la alusión a los comunistas no aparece. En cualquier caso, el argumento que impugna Larra es asombrosamente parecido al del camarada Ghioldi sobre los dos imperialismos, ya comentado.

<sup>53</sup> Aún en 1954, García Ledesma sostiene la idea de la herencia de Lisandro de la Torre reclamada por los «stalinistas puiggrósianos». Horacio García Ledesma, *Lisandro de la Torre...*, op. cit., p. 70. La inactiva quizá podría explicarse en el contexto del enfrentamiento interno de sectores de izquierda vinculados o insertos en el peronismo.

En la fundación del Partido Demócrata Progresista y hasta 1930, habría colaborado con el intento de reformulación de los viejos sectores conservadores: «hasta el derrocamiento de Yrigoyen en 1930, la oligarquía conservadora halagó a de la Torre y estimó que era el político con mayores aptitudes para apagar la estrella del caudillo radical, pero nunca logró enredarlo en sus maniobras antiyrigoyenistas». Notoriamente, Puiggrós nada dice de la legitimación directa que operarían de la Torre y los socialistas, al participar de las elecciones fraudulentas hechas con la proscripción del radicalismo y que consagrarían al General Justo como presidente.

«El líder demócrata progresista no superó el antagonismo entre el *régimen* y la *causa*. Era un reformista liberal que luchaba por el perfeccionamiento de las instituciones de la democracia burguesa. Del *régimen* lo separaba su repudio a las prácticas dolosas de la oligarquía y su concepción de la soberanía popular ejercida por ciudadanos de todas las clases sociales, a partir del municipio o comuna, para él célula y garantía de la auténtica democracia. Descongeniaba con la *causa* por repulsión intelectual a lo que el radicalismo tenía de inconsciente turbulencia de las masas seducidas por el magnetismo de un caudillo por lo que tenía de irracional la relación entre Yrigoyen y el pueblo»<sup>54</sup>.

Con un énfasis dominante puesto en el gobierno municipal —el admirado *self government* que había visto en los Estados Unidos— de la Torre era partidario de lo que Puiggrós denomina el «aburguesamiento democrático», hasta constituir una sociedad nivelada económicamente, algo que también se manifestaría en su oposición al latifundio y el monopolio. El autor afirma que el PDP no pasaría de ser una formación opositora de alcance parlamentario, sólo capaz de asumir la conducción de administraciones comunales y un inestable gobierno provincial en Santa Fe<sup>55</sup>.

Lo que para Larra es presentado como desvelamiento ideológico y meta definitiva, para Puiggrós es fracaso y derrumbe final. Este autor reconoce a de la Torre un protagonismo principal en la investigación sobre el comercio de carnes, corrigiendo la posterior autoatribución de méritos ajenos por parte de Alfredo Palacios y los socialistas<sup>56</sup>. Sin embargo, después de este episodio, de la Torre habría quedado solo frente a la insuficiencia y la impotencia de su proyecto político, tributario de la tradición liberal.

<sup>54</sup> Rodolfo Puiggrós, *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, vol. I, p. 372.

<sup>55</sup> Ídem, pp. 372-376.

«La ironía de la historia —o, si se quiere, la astucia de la razón que enamoraba a Hegel— le jugó a Lisandro de la Torre una mala pasada. Individualista por excelencia, liberal hasta la médula en economía y política, tenía que inclinarse por la fuerza de los hechos a admitir que no se concebía solución a la problemática ganadera sin nacionalizar por vía estatal la industria y el comercio de la carne. Pero, y este pero multiplicaba su fracaso como liberal, si el Estado justista, nacido de la entraña enferma del liberalismo, no podía ser el que rescatara para los argentinos su economía enajenada a los monopolios extranjeros, tampoco podía serlo cualquier otro Estado fiel a la línea demoliberal del 53. Con la investigación de las carnes, Lisandro de la Torre enterró su propia doctrina demócrata progresista, la cual, en el caso hipotético de conquistar el poder, no le habría salvado de claudicar ante la oligarquía agroexportadora y los monopolios. Esto explica su obstinado rechazo de las tentadoras oportunidades de ser presidente de la República. No existía ya ninguna posibilidad de democracia y progreso dentro de los cánones del liberalismo que inspiraba su militancia política. Sólo un Estado totalitariamente popular podía disponer de la libertad, la independencia y el poder indispensables para emancipar la economía argentina nacionalizando sus sectores básicos»<sup>57</sup>.

El autor parece cometer un error de secuencia temporal: las oportunidades presidenciales de Lisandro de la Torre son anteriores a su investigación sobre el comercio de carne. En cualquier caso, Puiggrós encuentra en esta revelación demoledora —arriesgando una hipótesis algo aventurada— la causa de su suicidio: «la conciencia del fracaso del liberalismo y la incapacidad de superarlo impulsaron al líder demócrata progresista a quitarse la vida»<sup>58</sup>.

Si bien, como advierte correctamente el comunista Larra, pueden identificarse otras causas, de índole personal, psicológica y también de naturaleza económico-financiera, en su decisión de terminar con su vida, también es cierto que sus últimas actitudes en el campo político difícilmente pueden presentarse como una revelación gozosa que da sentido definitivo a su trayectoria militante y de líder, como ha pretendido el autor citado.

Puiggrós afirma que en el mejor de los casos, el intento de conversión ideológica de Lisandro de la Torre se quedaría en un insuficiente «nacionalismo económico de los criadores de ganado», el cual no podría «—sin el empuje del dinamismo y la

<sup>56</sup> Rodolfo Puiggrós, *Adónde vamos, argentinos*, Buenos Aires, Corregidor, 1972, p. 121.

<sup>57</sup> Rodolfo Puiggrós, *Historia crítica...*, op. cit., vol. III, pp. 189-190.

<sup>58</sup> Rodolfo Puiggrós, *Adónde vamos, argentinos*, op. cit., p. 121.

tenacidad hasta el fin de la clase obrera, emancipada de sus enajenaciones izquierdistas— ir más allá de meros escarceos para conquistar posiciones de privilegio»<sup>59</sup>.

### 6.3. Jorge Abelardo Ramos

Simpatizante del trotskismo, autor de una serie de interpretaciones difíciles de asimilar incluso para la Izquierda Nacional, Ramos establece una línea de continuidad ideológica y política entre sectores de la oligarquía y del radicalismo: para él, Roca identifica en Yrigoyen su probable sucesor, y prepara la transición al radicalismo, al ver que su propio sistema de lealtades entraría inexorablemente en decadencia y desaparecería con él.

Frente a este bloque histórico, Ramos ve otro de signo opuesto, que va desde Mitre y los cívicos, conecta con los sectores radicales fieles a Alem y termina en de la Torre. Para Ramos, de la Torre representa la continuidad con los sectores más antinacionales y antipopulares de la oligarquía argentina<sup>60</sup>.

El autor señala que de la Torre, de tradición liberal mitrista y antiyrigoyenista, es funcional a los intereses del conservadurismo reaccionario, que al considerar el riesgo de caer derrotados en las elecciones presidenciales de 1916 fundan dos años antes un partido, para enfrentar tanto al radicalismo como al crecimiento del socialismo en los núcleos urbanos. Éste es el origen del Partido Demócrata Progresista.

Finalmente, el proyecto fracasaría por las serias desintelencias entre las facciones internas y en particular por las contradicciones ideológicas y políticas del candidato de la Torre con sus bases de origen conservador.

«Conservador, pero liberal, socializante y hostil al criollaje rural, obrerista y con un marcado racismo blanco, hijo del Litoral inmigratorio y desdeñoso de la «multitud inorgánica», Lisandro de la Torre no era aceptable ni para el Partido Conservador ni para las masas populares. Tal fue su trágico destino político»<sup>61</sup>.

<sup>59</sup> Rodolfo Puiggrós, *Historia crítica...*, op. cit., vol. III, p. 195.

<sup>60</sup> Jorge Abelardo Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina. II: Del patriciado a la oligarquía, 1862-1904*, 6ª ed., Buenos Aires, Plus Ultra, 1976, pp. 282-284. Hernández Arregui mostraría su disenso frente a la tesis del bloque roquista-yrigoyenista. Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional (1930-1960)*, 3ª ed., Buenos Aires, Plus Ultra, 1973, pp. 480-481.

<sup>61</sup> Jorge Abelardo Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina. III: La bella época, 1904-1922*, 5ª ed., Buenos Aires, Plus Ultra, 1973, pp. 207-211.

De la Torre sería nuevamente funcional a los intereses de la reacción oligárquica al integrar la fórmula presidencial junto con los socialistas, para las elecciones de 1931: «la Alianza Demócrata Socialista caía del cielo para proporcionar al agonizante régimen uriburista y al sonriente candidato oficial la ficción del juego limpio»<sup>62</sup>. Ramos se hace eco de las duras críticas del ya mencionado Joaquín Coca a este enjuague electoral.

«De la Torre se había asociado con Repetto en la fórmula demócrata-socialista de 1932, contribuyendo a prestar visos «legales» a la farsa comicial de ese año. Continuaba así actuando en la órbita marcada por la política oligárquica. Al acceder a jugar el papel de opositor aceptado, convalidaba el veto ilegal que excluía al radicalismo»<sup>63</sup>.

Según Ramos la investigación sobre el comercio de carnes, última gran actuación política del líder demoprogresista, estaría determinada por su condición de «pariente pobre» o «segundón de la ganadería del Litoral, relegada por la voracidad del grupo privilegiado». Abandonado por su base social originaria –los antiguos chacareros inmigrantes, que con la irrupción del fascismo cambiarían sus preferencias políticas– de la Torre habría encarnado «el antiimperialismo de los ganaderos menores». Contrariamente a lo que han pretendido los comunistas, el autor señala que:

«Los ganaderos medianos, que vendían al mercado interno a precios menores que los pagados en los mercados interiores, aspiraban a una «democratización» de las cuotas de exportación. De la Torre planteó políticamente esa divergencia en el seno de la clase ganadera; al mismo tiempo, se hacía intérprete, aunque más tibio, de los intereses agrarios del Litoral, ávidos de tierra barata. Todo su «antiimperialismo» era circunstancial, localizado, específico; en realidad, no existió nunca. Su moderado «nacionalismo agrario» excluía a los sectores más importantes de la República. Su óptica no abarcaba más que una sociedad de ganaderos, comerciantes, chacareros empleados y universitarios»<sup>64</sup>.

Ramos también explica las razones que llevaron al Partido Comunista a acercarse a de la Torre, deteniéndose en aquello que su biógrafo Larra calla cuidado-

<sup>62</sup> Jorge Abelardo Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina. IV: El sexto dominio, 1922-1943*, 5<sup>o</sup> ed., Buenos Aires, Plus Ultra, 1973, p. 158.

<sup>63</sup> Ídem, p. 258. Donde dice 1932 debe decir 1931. (n. del a.)

<sup>64</sup> Ídem, p. 252.

samente, es decir, la hostilidad genérica del comunismo hacia el rosarino, con anterioridad al debate sobre la proscripción del comunismo.

«Pero los stalinistas, que buscaban figuras y personajes de la burguesía argentina ligada al capital anglofrancés, para practicar el Frente Popular, de acuerdo con la nueva orientación de Moscú, descubrieron a Lisandro de la Torre y se le arrojaron encima para no dejarlo escapar. No había tenido ocasión de apoyar a de la Torre cuando atacaba al monopolio inglés de las carnes, porque en ese momento estaban ocupados en acusar a todo el mundo de *burgueses reaccionarios*».

El comunismo se acerca al «eminente demócrata» y lo transforma en «luchador antiimperialista». De la Torre, en retribución, condena al trotskismo, consagra a Stalin como verdadero conductor de la revolución y líder del proletariado mundial y presta adhesión obediente y pública a los procesos de Moscú<sup>65</sup>.

#### 6.4. Juan José Hernández Arregui

En 1960 se publicaba un libro que tendría un impacto decisivo en las trayectorias futuras de la izquierda argentina. Juan José Hernández Arregui, su autor, era un antiguo militante radical y peronista, que se había formado en el marxismo. *La formación de la conciencia nacional* era fruto de largos años de investigación y reflexión. Puede decirse que es uno de los textos fundamentales de la corriente ideológica y política que se llamó la *Izquierda Nacional*.

En continuidad con los despuntes de García Ledesma, la crítica a de la Torre alcanza aquí una altura mucho mayor, superándolo. En su amplia revisión histórica de las ideas contemporáneas que forman la conciencia nacional argentina, Hernández Arregui encuentra en de la Torre un inmejorable ejemplo para poner de manifiesto las taras y limitaciones de la izquierda liberal y extranjerizante. Para el autor, de la Torre es un típico *ídolo de la izquierda*, forma parte «de aquellas figuras idealizadas a las que con singular unanimidad, esa intelectualidad rinde culto venerable»<sup>66</sup>.

Para Hernández Arregui se verifican en de la Torre dos tendencias contradictorias, en permanente tensión: por un lado la fe liberal decimonónica; por el

<sup>65</sup> Ídem, pp. 253-256.

<sup>66</sup> Juan José Hernández Arregui, *La formación...*, op. cit., p. 158.

otro su condición social, configuradora de una mentalidad específica, de burgués terrateniente y ganadero. Su militancia en el radicalismo no le impide evolucionar hacia posiciones políticas en las que aun haciendo defensa y afirmación de la democracia y de la pureza electoral, forma parte de un sistema de fraude y exclusión.

Para este autor, de la Torre no dejó de formar parte de la constelación de intereses y sectores vinculados a la oligarquía terrateniente, tal como demuestra la insistencia de Uriburu de consagrarlo como candidato a presidente por el oficialismo y luego, al encabezar la fórmula presidencial opositora, «dándole formalidad» al fraude electoral que consagraría al General Justo. Sólo su participación a favor de los intereses de los ganaderos del Litoral, con ocasión de la investigación del comercio de carnes, lo enajenaría de la clase y la élite a la que pertenecía.

Hernández Arregui señala el desprecio que le merecieron la política y el plebeyismo de las masas. De la Torre destaca en su labor de parlamentario, pero le horrorizan los otros aspectos de la política, como la incipiente democracia de masas que ya se había manifestado con el yrigoyenismo. Se aferra a sus ideales abstractos de democracia formal y mira con desprecio la democracia real que iba tomando forma en el país.

El autor califica sus escarceos de filósofo y de crítico de las religiones de anticuados, superficiales y excesivamente pretenciosos. En su faceta de intelectual, nunca aborda cuestiones nacionales: «en su decepción política, desvió como toda la mentalidad izquierdista de la época, sus centros de interés ideológicos hacia la esfera mundial».

La crítica pierde rigor cuando intenta ver en de la Torre una vacilante tendencia desde su credo liberal burgués «en grave crisis general» hacia el fascismo, justificando así las esperanzas de Uriburu en la figura del político rosarino<sup>67</sup>. Hernández Arregui no solamente se equivoca al juzgar las afirmaciones de de la Torre sobre el fascismo: la de este último es una consideración que carece, como casi toda la ciencia y la opinión política de la época, de suficiente instrumental teórico para comprender el fenómeno; por otra parte sus expresiones de admiración se enmarcan en un cuadro general que rechaza y en el que advierte un fin funesto. También comete un error de secuencia histórica: la conferencia sobre el fascismo fue pronunciada mucho después de que Uriburu le ofreciera la candidatura a la presidencia de la Nación.

<sup>67</sup> Ídem, pp. 159-163.

### 6.5. Norberto Galasso

Puede decirse que Galasso es el último representante de la Izquierda Nacional. Es este autor quien ha estudiado y explicado el desarrollo de su proceso intelectual e ideológico, así como sus precursores y sus influencias. No hay aportaciones personales de Galasso sobre la vida o la obra de Lisandro de la Torre. En su estudio sobre Hernández Arregui, el autor se limita a resumir sus juicios sobre el político rosarino: resalta su carácter de intelectual liberal pseudoizquierdista y europeizante, así como también los equívocos ideológicos sobre los que se fundó el sector político al que perteneció<sup>68</sup>.

Sin embargo, Galasso rescata e introduce en la cuestión las consideraciones de un autor olvidado, un verdadero «maldito» del pensamiento nacional. En 1939 Ramón Doll, un autor de origen socialista, militancia intelectual nacionalista y evolución hacia el peronismo escribió un artículo titulado *El hombre a contramano de la realidad argentina: De la Torre*<sup>69</sup>.

Doll da cuenta del invariable desencuentro del tribuno rosarino con las tendencias dominantes de la política y la sociedad argentinas. Explica la desconexión general que lo afecta desde su ruptura con Yrigoyen y la consecuente renuncia al radicalismo. Incide en el constitucionalismo liberal ingenuo con el que pretende restablecer de sus males al régimen democrático, y en su incompreensión absoluta hacia las formas de participación y liderazgo político del país. Resalta su visceral rechazo hacia el fenómeno nacional, nacionalista y popular que supone el yrigoyenismo.

De la Torre habría renunciado al radicalismo para entregarse a una brega por el perfeccionamiento del régimen liberal sancionado en 1853: en esta lucha habría sido instrumento de los conservadores y los liberales, que aprovecharían su candidez democrática y su apego a la constitución. El velo que le ocultaba la realidad caería –según Doll– recién en 1931, al ver la evolución política de la revolución del 6 de septiembre<sup>70</sup>.

<sup>68</sup> Norberto Galasso, *J.J. Hernández Arregui: del peronismo al socialismo*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1986, p. 100.

<sup>69</sup> El artículo puede encontrarse en una compilación de las obras del autor citado: Ramón Doll, *Acerca de una política nacional*, Buenos Aires, Dictio, 1975.

<sup>70</sup> Norberto Galasso, *Ramón Doll: socialismo o fascismo*, Buenos Aires, CEAL, 1989, pp. 104-107. Galasso rechazaría otras consideraciones de Doll sobre de la Torre, al calificarlas de «clericales, maccarthystas y antisemitas».

## 7. CONCLUSIÓN

De la Torre no parece haber salido del olvido que borró su figura, durante los años sesenta: sólo ha sido objeto de estudio en escasas biografías y semblanzas parciales de muy desigual valor. En el caso de que hubiera vuelto a merecer atención, quizá ya podría disponerse de algún tipo de juicio sintético sobre su vida o su obra.

A falta de análisis o dictámenes de su propia herencia política –el demoprogresismo agonizante, dividido en tendencias ideológicas irreconciliables, parece haber olvidado toda voluntad de análisis de los principios y doctrina de su máximo líder histórico– nos quedan de Lisandro de la Torre dos interpretaciones militantes, contradictorias entre sí, ambas pertenecientes a la izquierda del espectro ideológico<sup>71</sup>.

Para los comunistas, Lisandro de la Torre describe una trayectoria ideológica que lo lleva desde un liberalismo de orientación democrática a una concepción política que lo aproxima a la burguesía revolucionaria, terminando en las puertas mismas (aunque no más allá) del partido de la revolución proletaria. Para la Izquierda Nacional, en cambio, se mantiene a una invariable distancia de las causas nacionales y populares, desde la oligarquía mitrista a la izquierda liberal.

Con de la Torre, los comunistas pretendieron insertarse en la tradición política liberal, que condujo y construyó la Argentina moderna. En la operación de cooptación ideológica de Lisandro de la Torre se advierte una voluntad de integración en el sistema representativo de partidos políticos. El comunismo pasa a ser una fuerza política democrática más, abandonando así los proyectos conspirativos y de agitación revolucionaria.

El proyecto de la revolución sigue en pie, no obstante, entre los exponentes de la Izquierda Nacional, al menos en el momento de su florecimiento y desarrollo, desde mediados de la década de 1950 y hasta mediados de los setenta. Se advierten aquí dos tendencias opuestas: el comunismo, que desde originarias posiciones revolucionarias busca integrarse en el sistema y la Izquierda Nacional, que observa en el peronismo el verdadero sujeto de la revolución nacional y socialista.

La figura de Lisandro de la Torre es uno de los puntos de colisión entre estas

<sup>71</sup> Son dos interpretaciones rivales de la izquierda sobre de la Torre, y las más importantes, completas y estructuradas. Pero también poseen similar filiación de izquierda la curiosísima apología anarco-comunalista de Juan Lazarte, *Lisandro de la Torre, reformador social americano*, Buenos Aires, Comisión Nacional de Homenaje a Lisandro de la Torre, 1955; la versión moderadamente crítica pero de inspiración socialista de Cúneo y también la obra –francamente favorable al pensamiento y la obra de de la Torre– del ya citado Siegler. La lista no es exhaustiva, y puede decirse que la mayor proporción de la bibliografía relevante sobre de la Torre tiene este signo ideológico. La figura de Lisandro de la Torre no ha gozado de similar atención o interés de parte de las corrientes historiográficas de signo contrario: la derecha liberal o la nacionalista.

dos tendencias. Es altamente probable que si el político rosarino no hubiera sido objeto de manipulación por parte del comunismo, tampoco hubiera generado una reacción violenta en la Izquierda Nacional. Para ésta, la convergencia de de la Torre con los comunistas probaba que se trataba de una continuidad apenas disimulada con el régimen liberal oligárquico. Los comunistas pretendían ser *apocalípticos*, engañando a las clases populares e inhibiendo su potencial revolucionario, pero en realidad se trataba de *integrados*, sobre todo a partir de la política frentepopulista de los años treinta.

Esta perspectiva se volcaba en un enjuiciamiento particularmente duro de la obra de de la Torre<sup>72</sup>. Los intelectuales comunistas habían distorsionado el perfil ideológico y político del rosarino. La idealización de su carrera política y sus afanes pretendía ocultar las debilidades, los errores de apreciación y las notorias insolvencias del personaje. Su intento por elevarlo a la categoría de luchador antiimperialista es, a todas luces, desmedida.

La Izquierda Nacional, no obstante dirigir certeras críticas, parece estar apuntando más a la construcción comunista del personaje que a de la Torre en sí mismo. Una consideración centrada en de la Torre les hubiera revelado no pocos elementos que hubieran permitido formular un juicio más equilibrado. El asunto del antiimperialismo es buena prueba de ello. Para invalidar el carácter antiimperialista del pensamiento latorreano bastaría con revisar sus escritos y discursos sobre cuestiones financieras, en las que hace gala de la más cerrada ortodoxia liberal-capitalista: de la Torre no entiende ni percibe la dimensión financiera del imperialismo<sup>73</sup>.

En cambio, la Izquierda Nacional se ceba en los intereses de clase que habrían motivado a de la Torre a denunciar el sistema del comercio de carnes: no es antiimperialismo, dicen, sino defensa de intereses sectoriales dentro de la misma clase. Esto podría ser cierto (hay razones para pensarlo), pero en nada invalida la repercusión y el efecto de la investigación llevada a cabo por el entonces senador de la Torre en la formación de una conciencia antiimperialista. En este asunto, el forjismo y el nacionalismo quizá han sido más generosos con de la Torre.

<sup>72</sup> En este sentido, es preciso refutar una de las tesis de Malamud. Según este autor, a despecho de las características «maniqueas y caníbales» de la historiografía argentina, en torno a Lisandro de la Torre se ha creado «insólitamente, un consenso que trata de realzar sus virtudes por encima de sus defectos». Carlos Malamud, *Las historias de una historia*, op. cit., p. 1. Al menos dos corrientes de interpretación historiográfica se muestran severamente críticas con de la Torre: el revisionismo histórico, vinculado al nacionalismo, y la Izquierda Nacional.

<sup>73</sup> Hemos intentado estudiar estos aspectos en Héctor Ghiretti, *Las ortodoxias ocultas. Ideas monetarias y financieras de Lisandro de la Torre*, 2006, inédito.

Por otra parte, tampoco es cierto que de la Torre se desinteresara por otros aspectos económicos que no fueran las relaciones de producción del sector ganadero. Pueden encontrarse en los discursos sobre la industria de la yerba mate o el convenio comercial con Chile claras posiciones de defensa de la producción nacional.

Es posible que si no hubiera sido manipulado por los comunistas, la Izquierda Nacional habría tenido un dictamen más favorable de la figura del rosarino. En cualquier caso, la figura de Lisandro de la Torre todavía se halla a la espera de un estudio que rompa la autorreferencialidad de las interpretaciones en juego, las analice a fondo, las compare y ofrezca una visión crítica y a la vez sintética de su obra y de su pensamiento.

### Registro bibliográfico

GHIRETTI, HÉCTOR

«Invención y destrucción del Fiscal de la Patria.

El Partido Comunista, su reconstrucción ideológica de la figura de Lisandro de La Torre y la revisión histórica de la Izquierda Nacional», en: ESTUDIOS SOCIALES. *Revista Universitaria Semestral*, año XVIII, Nº 35, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, segundo semestre, 2008, pp. 111-144.

### Descriptorios · Describers

Lisandro de la Torre / Partido Comunista / Partido Demócrata Progresista / Izquierda Nacional / Historiografía

Lisandro de la Torre / Communist Party / Progressive Democratic Party / National Left / Historiography